

cona; en el Norte un ruido siniestro del martillo que remachaba los clavos de la Polonia en su ataúd; en toda Europa miradas irritadas que acechaban á Francia; Inglaterra, aliada sospechosa, dispuesta á empujar lo que cayese, y á echarse sobre lo que hubiera ya caído; la Cámara de los Pares refugiándose detrás de Beccaria para negar cuatro cabezas á la ley; las flores de lis borradas del coche del rey; la cruz arrancada de Nuestra Señora; Lafayette decaído; Laffitte arruinado; Benjamín Constant muerto en la indigencia; Casimiro Perier muerto del cansancio del poder; la enfermedad política y la enfermedad social declarándose á la vez en las dos capitales del reino, la una en la ciudad del pensamiento y la otra en la ciudad del trabajo; en París la guerra civil, en Lyon la guerra servil, en las dos ciudades el mismo resplandor de un horno; una púrpura de cráter en la frente del pueblo; el Mediodía fanatizado; el Occidente turbado; la duquesa de Berry en la Vendée; los complots, las conjuraciones, los levantamientos, el cólera, añadían al obscuro rumor de las ideas el sombrío tumulto de los acontecimientos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTORREY, MEXICO

V

HECHOS DE DONDE SALE LA HISTORIA

IGNORADOS POR LA HISTORIA

Hacia fines de abril todo se había agravado. La fermentación se convertía en ebullición. Desde 1830 había habido, aquí y allá, pequeñas conmociones parciales, prontamente reprimidas, pero que renacían en seguida; señal de una vasta conflagración subyacente. Alguna cosa terrible se estaba formando. Entreveíanse los lineamientos aún poco marcados y mal iluminados de una revolución posible. La Francia miraba á París, y París miraba al barrio de San Antonio.

El barrio de San Antonio, sordamente caldeado, entraba en ebullición.

Las tabernas de la calle de Charonne estaban graves y tempestuosas, por más que la unión de estos dos adjetivos parezca muy singular aplicada á las tabernas.

Allí el gobierno era, pura y simplemente, el objeto de la cuestión: discutíase públicamente *la cosa*, para combatir ó permanecer tranquilos. Había trastiendas en que se hacía jurar á los obreros que saldrían á la calle al primer grito de alarma, y «que

3 0362

pelearían sin contar el número de los enemigos.» Una vez admitido el compromiso, un hombre sentado en un rincón de la taberna «levantaba la voz,» y decía: *¡Lo oyes! ¡Lo has jurado!* Algunas veces se subía al primer piso, á un cuarto cerrado, y allí pasaban escenas masónicas. Se hacían prestar á los iniciados juramentos *para socorrerle como á los padres de familia.* Esta era la fórmula.

En las salas bajas se leían libros «subversivos.» *Trataban á la baqueta al gobierno,* dice un informe secreto de aquel tiempo.

Oíanse frases como éstas:—*No sé los nombres de los jefes; no sabremos el día sino con dos horas de anticipación.* Un obrero decía:—*Somos trescientos; damos cada uno diez sueldos, y se tendrán ciento cincuenta francos para hacer balas y pólvora.* Otro decía:—*No digo seis meses, no digo ni aun dos; antes de quince días nos pondremos frente á frente con el gobierno. Con veinticinco mil podemos hacer frente.* Otro decía:—*No me acuesto porque paso la noche haciendo cartuchos.* De tiempo en tiempo, algunos hombres vestidos «decentemente y con buenos trajes» venían «causando embarazo,» y con aire de «mando» daban apretones de manos á *los más importantes,* y se iban. Nunca estaban más de diez minutos. Se cambiaban en voz baja palabras significativas:—*El complot está maduro; la cosa está á punto.* «Y todos los que estaban allí murmuraban esto mismo,» usando los mismos términos de un espectador. La exaltación era tal, que un día, en medio de la taberna, exclamó un obrero:—*¡No tenemos armas!* Y uno de sus camaradas respondía:—*¡Los soldados las tienen!* Parodiando así, sin saberlo, la proclama de Bonaparte al ejército de Italia. «Cuando tenían algo más secreto, añade un informe, no se lo comunicaban.» Apenas se comprende lo que podían ocultar después de lo que decían.

Las reuniones eran algunas veces periódicas; y á ciertas de ellas sólo asistían ocho ó diez, siempre los mismos. En otras entraba el que quería, y la sala se llenaba de tal modo, que tenían que estar de pie. Unos asistían por entusiasmo y pasión; otros porque *era su camino para ir al trabajo.* Lo mismo que en la revolución, había en estas tabernas mujeres patriotas que abrazaban á los neófitos.

Otros hechos expresivos se observaban con frecuencia.

Un hombre entraba en una taberna, bebía, y salía diciendo:—*Tabernero, la revolución pagará lo que debo.*

En una taberna situada en frente de la calle Charonne, se nombraban agentes revolucionarios: el escrutinio se hacía en las gorras.

Otros obreros se reunían en casa de un maestro de esgrima, que tenía asaltos en la calle de Cotte; allí había un trofeo de armas, formado de espadaones de madera, estoques, bastones y floretes. Un día quitaron los botones de los floretes, y decía un obrero:—*Somos veinticinco, pero no cuentan conmigo, porque me miran como una máquina.* Esta máquina fué después Quenisset.

Las cosas que se premeditaban tomaban poco á poco una extraña notoriedad. Una mujer que estaba barriendo la puerta, decía á otra:—*Hace mucho tiempo que trabajan sin descanso en hacer cartuchos.* Se leían en medio de la calle proclamas dirigidas á los guardias nacionales de los departamentos. Una de estas proclamas estaba firmada por *Burtot, vinatero.*

Un día, á la puerta de un licorista del mercado Leonir, un hombre que tenía la barba corrida y acento italiano, se subió á un guarda-cantón, y leyó en alta voz un escrito singular, que parecía emanar de un poder oculto. Los grupos que se habían formado á

su alrededor le aplaudían; y los pasajes que conmovían más á la multitud fueron recogidos y anotados. —«...Nuestras doctrinas son perseguidas; nuestras »proclamas se hacen pedazos; nuestros carteleros son »acechados y llevados á la cárcel...»—«La baja que »acaba de verificarse en los algodones nos ha traído »á muchos partidarios del justo-medio...»—«...El »porvenir de los pueblos se elabora en nuestras obs- »curas filas...»—«Esta es la cuestión clara: acción ó »reacción; revolución ó contrarrevolución. Porque en »nuestra época no se cree en la inercia ni en la in- »movilidad. Por el pueblo ó contra el pueblo: esta es »la cuestión; y no hay otra...»—«El día que no os »convengamos ya, rechazadnos; pero hasta entonces »ayudadnos á marchar.» Todo esto se hacía en me- dio del día.

Otros hechos más atrevidos aún, eran sospechosos al pueblo, á causa de su misma audacia. El 4 de abril de 1832, un transeunte subía en el guarda- cantón que está en la esquina de la calle de Santa Margarita, y gritaba: ¡Soy babouista! Pero bajo la máscara Babeuf, el pueblo descubría la punta de la oreja de Gisquet.

Entre otras cosas, este hombre decía:—«¡Abajo »la propiedad! La oposición de la izquierda es infa- »me y traidora; cuando quiere tener razón predica »la revolución; es demócrata para que no la ataque- »mos, y realista para no combatir. Los republicanos »son animales de pluma; desconfiad de los republi- »canos, ciudadanos trabajadores.»

—¡Silencio, ciudadano polizonte! —gritó un obrero.

Y este grito puso fin al discurso.

Sucedían algunos incidentes misteriosos.

Al anoecer, un obrero encontraba cerca del ca- nal á «un hombre bien vestido,» que le decía:

—¿A dónde vas, ciudadano?

—Señor,—respondía el obrero,—no tengo el ho- nor de conoceros.

—Yo te conozco mucho.—Y el hombre añadía: —No temas. Soy el agente del comité. Se sospecha que no eres muy fiel: sabe que, si descubres algo, te se vigila.—Y después daba al obrero un apretón de mano, y se iba diciendo:—Pronto nos volveremos á ver.

La policía de escuchas recogía, no sólo en las ta- bernas, sino en la calle, diálogos muy extraños.

—Haz que te reciban pronto,—decía un tejedor á un ebanista.

—¿Por qué?

—Va á ser preciso tirar un tiro.

Dos transeuntes cubiertos de harapos cambiaban estas respuestas notables, llenas de apariencia de *jacqueria* (1).

—¿Quién nos gobierna?

—El señor Felipe.

—No es la clase de los tenderos.

Se equivoca el que crea que usamos la palabra *jacqueria* en mal sentido. Los *jacques* eran los po- bres. También los que tienen hambre tienen dere- chos.

Otras veces pasaban dos hombres y se oía que uno decía á otro:

—Tenemos un buen plan de ataque.

De una conversación íntima entre cuatro hom- bres acurrucados en una zanja del medio punto de la barrera del Trono, no se pudo tomar más que esto:

(1) La *jacqueria* designa colectivamente el proletariado. Viene de las palabras *Jacques-Bon-homme*, que pudiéramos traducir Juan Lanás, aplicadas en la Edad media por los nobles á la clase plebeya. La sublevación de esta clase en Francia fué llamada la *Jacquería*.

—Se hará lo posible para que él no se pasee más por París.

¿Quién era este *él*? Obscuridad amenazadora.

«Los principales jefes», como se decía en el barrio, se mantenían al paño; y se creía que se reunían, para ponerse de acuerdo, en una taberna cerca de la puerta de San Eustaquio.

Uno llamado Aug, jefe de la sociedad de Socorros á los Sastres, en la calle Mondetour, pasaba por intermedio central entre los jefes y el arrabal de San Antonio. Pero siempre hubo mucha obscuridad acerca de estos jefes, y no hay ningún hecho cierto que pueda debilitar la altivez singular de esta respuesta dada por un acusado posteriormente ante el tribunal de los Pares.

—¿Quién era vuestro jefe?

—No conocía á ninguno, no reconocía á nadie.

Todo esto no era aún más que palabras transparentes, pero vagas; y algunas veces frases al aire, rumores, noticias. Otros indicios se iban presentando.

Un carpintero, que estaba en la calle de Reuilly clavando las tablas de una empalizada al rededor de un terreno en que se elevaba una casa en construcción, encontró en este terreno un fragmento de carta rota, en que aún se podían leer estas líneas:

—«...Es preciso que el comité tome medidas para impedir el reclutamiento en las secciones para las diversas sociedades...»

Y en una postdata:

«Hemos sabido que había fusiles en la calle del Faubourg-Poissoniere, número 5 duplicado: unos cinco ó seis mil fusiles en casa de un armero de aquella plaza. La sección no posee armas.»

Pero lo que hizo que el carpintero se ausentase y enseñase la carta á sus vecinos, fué que á pocos pasos recogió otro papel, también roto, y más signifi-

cativo aún, cuya configuración reproducimos, á causa del interés histórico de estos extraños documentos:

Q	C	D	E	<p>Aprened esta lista de memoria; y rompedla después. Los iniciados harán otro tanto cuando les transmitáis órdenes.</p> <p>Salud y fraternidad.</p> <p>L.</p> <p>u og a' fe</p>
---	---	---	---	--

Los que estuvieron en el secreto de este hallazgo, no pudieron comprender hasta mucho tiempo después la significación de estas cuatro mayúsculas: *quinturiones, centuriones, decuriones, esclarecedores*; y el sentido de estas letras *u og a' fe* que eran una fecha, que quería decir *el 15 de abril de 1832*. En la columna de cada mayúscula estaban inscritos nombres seguidos de indicaciones muy características. Por ejemplo: Q. *Bannerel*. 8 fusiles. 83 cartuchos. Hombre seguro.—C. *Bouviere*. 1 pistola. 40 cartuchos.—D. *Rollet*. 1 florete. 1 pistola. 1 libra de pólvora.—E. *Teissier*. 1 sable. 1 canana. Exacto.—*Terreur*. 8 fusiles. Valiente, etc.

Por último, este carpintero encontró también en el mismo recinto de la empalizada un tercer papel, en el cual estaba escrita con lápiz, pero muy visiblemente, esta especie de lista enigmática:

Unidad. Blanchard: Arbol-seco. 6.
 Barra. Soize, Sala del Conde.
 Kosciusko. ¿Aubry el carnicero?
 J. J. R.
 Cayo Graco.
 Derecho de revisión. Dufond. Fou.

Caída de los Girondinos. Derbac. Maubué.
Washington, Pinsou. 1. pist. 86 cart.
Marsellesa.
Sober. del pueblo. Miguel. Quincampois. Sable.
Hoche.
Marceau. Platón. Arbol seco.
Varsovia. Tilly, vendedor del *Populaire*.

El honrado ciudadano, en cuyas manos cayó esta lista, supo al fin su significación. Parece que era la nomenclatura completa de las secciones del cuarto distrito de la Sociedad de los Derechos del Hombre, con los nombres y habitaciones de los jefes de sección. Hoy, que todos estos hechos, que han quedado en la sombra, son la historia, se pueden publicar. Es preciso añadir, que la fundación de la Sociedad de los Derechos del Hombre parece haber sido posterior á la fecha en que fué encontrado este papel. Tal vez no fuera más que un bosquejo.

Mientras tanto, tras las noticias y las palabras, tras los indicios escritos, principiaban á presentarse hechos materiales.

En la calle Popincourt, en casa de un prendero, se cogieron en el cajón de una cómoda, siete hojas de papel gris, todas dobladas del mismo modo, á lo largo, en cuatro dobleces; estas hojas contenían veintiséis cuadrados de este mismo papel gris, en forma de cartucho, y otro papel, en que se leía:

Salitre	12 onzas.
Azufre	2 onzas.
Carbón	2 onzas y media.
Agua	2 onzas.

La sumaria de la ocupación hacía constar que el cajón exhalaba un fuerte olor á pólvora.

Un albañil, al volver á su casa después del trabajo, dejó olvidado un paquetito en un banco cerca del puente de Austerlitz. Este paquete fué llevado al cuerpo de guardia; le abrieron, y encontraron dos diálogos impresos, firmados por *Lahautiere*, una canción titulada: *Obreros, asociaos*, y una caja de hoja de lata llena de cartuchos.

Un obrero, que bebía con otro, le hacía tentar su cuerpo para que viese cuánto calor tenía; el otro tentaba una pistola bajo la blusa.

En una zanja del boulevard, entre el cementerio del Padre Lachaise y la barrera del Trono, en el sitio más desierto, jugando unos niños, descubrieron, bajo un montón de basura, un saco que contenía un molde de hacer balas, otro de madera para hacer cartuchos, una cazuela con granos de pólvora de caza, y una marmita pequeña de hierro, cuyo interior ofrecía señales evidentes de plomo fundido.

Los agentes de policía entraron de repente, á las cinco de la mañana, en casa de un tal Pardón, que perteneció después á la sección de la Barricada-Merry, y murió en la insurrección de abril de 1834, y le encontraron de pie, cerca de su cama, con cartuchos que estaba haciendo, aún en la mano.

A la hora en que los obreros descansan, se había visto encontrarse á dos hombres entre la barrera Picpus y la barrera Charenton, en un caminito que rodeaba estas dos murallas, cerca de una taberna que tiene un juego de Siam delante de la puerta. Uno sacó de debajo de la blusa una pistola y se la dió al otro. En el momento de dársela, notó que la transpiración de su pecho había humedecido algo la pólvora, y la cebó, añadiendo pólvora á la que tenía en la cazolleta. Después se separaron.

Un tal Gallais, que fué muerto en la calle Beau-bourg en los sucesos de abril, se alababa de tener en

su casa setecientos cartuchos y veinticuatro piedras de fusil.

El gobierno recibió un día aviso de que se acababan de recibir armas en el arrabal y doscientos mil cartuchos. La semana anterior se habían repartido treinta mil cartuchos; y, cosa notable, la policía no pudo coger ni uno. Una carta interceptada decía:— «No está lejos el día en que á las ocho estén sobre las »armas ochenta mil patriotas.»

Esta fermentación era pública, y casi, podía decirse, tranquila. La insurrección inminente preparaba la tempestad con calma en frente del gobierno. Ninguna singularidad faltaba á esta crisis, aún subterránea, pero ya perceptible. Los ciudadanos hablaban pacíficamente á los obreros de lo que se preparaba; y se decían:—¿Cómo va la insurrección?—Del mismo modo que podrían decir:—¿Cómo está vuestra mujer?

Un mueblista de la calle Moreau preguntaba:

—¿Y cuándo atacáis?

Otro comerciante decía:

—Se atacará muy pronto, lo sé. Hace un mes erais quince mil; ahora sois veinticinco mil. Ofrecía su fusil, y un vecino ofrecía un cachorrillo que quería vender en siete francos.

Por lo demás, la fiebre revolucionaria iba ganando terreno. Ningún punto de París ni de Francia estaba ya libre de ella. La arteria latía en todas partes. Lo mismo que esas membranas que nacen en ciertas inflamaciones, y se forman en el cuerpo humano, la red de las sociedades secretas empezaba á extenderse sobre el país. De la asociación de los Amigos del Pueblo, pública y secreta á la vez, nacía la sociedad de los Derechos del Hombre, que fechaba así una orden del día: *Pluvioso año 40 de la era republicana*; que debía sobrevivir aún á las sentencias

del Tribunal de Asises, que ordenaban su disolución, y que no dudaba en dar á sus secciones nombres significativos como estos:

Picas.

Somatén.

Cañón de Alarma.

Gorro Frigio.

21 de Enero.

Los Mendigos.

Los Truanes.

Adelante.

Robespierre.

Nivel.

Ça ira.

La sociedad de los Derechos del Hombre engendraba la sociedad de Acción, compuesta de los impacientes que se separaban y corrían delante. Otras sociedades trataban de reclutarse en las sociedades madres. Los seccionarios se quejaban de ser atraídos hacia todos lados. De aquí «la sociedad Francia, y el comité organizador de las municipalidades;» las asociaciones para «la libertad de la prensa;» para «la libertad individual;» para «la instrucción del pueblo; contra los impuestos indirectos;» además, la sociedad de «los obreros igualadores,» que se dividía en tres fracciones: los igualadores, los comunistas y los reformistas; el ejército de las Bastillas, especie de cohorte organizada militarmente, que tenía para cada cuatro hombres un cabo, para cada diez un sargento, para cada veinte un subteniente, para cada cuarenta un teniente, y en la cual no había más de cinco que se conociesen; creación en que la precaución estaba combinada con la audacia, y que parece que llevaba el sello de Venecia. El comité central, que era

la cabeza, tenía dos brazos, la sociedad de Acción y el ejército de las Bastillas. Una asociación legitimista, los caballeros de la fidelidad, se movía en medio de estas afiliaciones republicanas; pero había sido denunciada y repudiada.

Las sociedades parisienses tenían ramificaciones en las principales ciudades. Lyon, Nantes, Lila, Marsella tenían su sociedad de los Derechos del Hombre, la Carbonaria y los Hombres libres. Aix tenía una sociedad revolucionaria, que se llamaba la Cougourde. Ya hemos escrito otra vez esta palabra.

En París, el arrabal de San Marcelo no estaba menos conmovido que el de San Antonio, y las Escuelas no se mostraban menos entusiastas que los arrabales.

Un café de la calle de San Jacinto y el fumadero de los Siete Billares, calle de los Maturinos de Santiago, servían de sitio de reunión á los estudiantes. La sociedad de los amigos del A B C, afiliada á los mutualistas de Angers y á la Cougourde de Aix, se reunía, como ya hemos dicho, en el café Musain. Estos mismos jóvenes se encontraban, también como hemos dicho, en una hostería cerca de la calle Mondetour, que se llamaba Corinto. Estas reuniones eran secretas; otras eran tan públicas como era posible; y puede juzgarse de su atrevimiento por el siguiente trozo de un interrogatorio de uno de los procesos ulteriores:—¿Dónde se celebró esta reunión?—En la calle de la Paz.—¿En qué casa?—En la calle.—¿Qué secciones asistieron?—Una sola.—¿Cuál?—La sección Manuel.—¿Quién era el jefe?—Yo.—Sois muy joven para haber tomado sobre vos la grave decisión de atacar al gobierno. ¿De dónde recibíais instrucciones?—Del comité central.

El ejército estaba minado al mismo tiempo que la población, como lo probaron después los movi-

mientos de Befort, de Lunneville y de Epinal. Se contaba con los regimientos 52.º, 5.º, 8.º, 37.º, y con el 20.º ligero. En Borgoña y en las ciudades del Mediodía se plantaba el *árbol de la libertad*, es decir, un mástil con un gorro rojo.

Tal era la situación.

El arrabal de San Antonio, como ya hemos dicho al principio, hacía temible y caracterizaba esta situación más que ningún otro grupo de la población. Allí era donde se sentía el dolor de costado.

Aquel antiguo arrabal, poblado como un hormiguero, laborioso, animado y colérico como una colmena, se estremecía esperando y deseando la conmoción. Todo se agitaba en él, sin que por esto se interrumpiese el trabajo: Nada podría dar idea de aquella fisonomía viva y sombría. En aquel arrabal hay dolorosas miserias bajo el techo de una buhardilla, y hay también inteligencias ardientes y raras; y en materia de desgracia y de inteligencia, es precisamente lo más peligroso que los extremos se toquen.

El arrabal de San Antonio tenía además otras causas para conmoverse; porque allí se siente la reacción de las crisis comerciales, de las quiebras, de la carestía, de la falta de trabajo, inherentes á los grandes sucesos políticos. En tiempo de revolución, la miseria es á la vez causa y efecto. El golpe que hiere, vuelve á ella. Esta población llena de fiera virtud, capaz del mayor grado de calórico latente, siempre dispuesta á tomar las armas, pronta en las explosiones, irritada, profunda, minada, parecía que sólo esperaba la caída de una chispa. Siempre que flotan en el horizonte algunos resplandores impulsados por el viento de los sucesos, no se puede menos de pensar en el arrabal de San Antonio, y en la temible fatalidad que ha colocado á las puertas

de París aquel polvorín de padecimientos y de ideas.

Las tabernas del *arrabal Antonio* que se han descrito más de una vez en la historia que vamos escribiendo, tienen celebridad histórica. En tiempo de revolución embriagan en ellas, más que el vino, las palabras. Una especie de espíritu profético, un efluvio de porvenir llena los corazones y engrandece las almas. Las tabernas del *arrabal Antonio* se parecen á esas tabernas del monte Aventino, edificadas sobre el antro de la Sibila, y en comunicación con los profundos soplos sagrados; tabernas cuyas mesas son casi trípodes, y donde se bebía lo que Ennio llamaba el *vino sibilino*.

El *arrabal de San Antonio* es un depósito del pueblo. La conmoción revolucionaria hace allí cisuras, por donde corre la soberanía popular. Esta soberanía puede hacer mal; se engaña como cualquiera; pero extraviada, aún es grande. Puede decirse de ella como del cíclope ciego: *Ingens*.

En 1793, según que la idea que flotaba en los aires era buena ó mala, según que era la luz del fanatismo ó del entusiasmo, partían del *arrabal de San Antonio* legiones salvajes ó falanges heroicas.

Salvajes; expliquemos esta palabra. Esos hombres con el cabello erizado, que en los días genesíacos del caos revolucionario se lanzaron ahullando contra el viejo París trastornado, ¿qué querían? Querían el fin de la opresión, el fin de la tiranía, el fin del sable, el trabajo para el hombre, la instrucción para el niño, la dulzura social para la mujer, la libertad, la igualdad, la fraternidad, el pan para todos, la idea para todos, el progreso; esa cosa santa, buena y dulce, el progreso; le reclamaban terriblemente, medio desnudos, con la maza en la mano y el rugido en la boca. Eran los salvajes de la civilización.

Proclamaban con furia el derecho; querían obli-

gar al género humano á entrar en el paraíso, aunque fuese por medio del terror y del espanto.

En frente de esos hombres feroces y espantosos, pero feroces para el bien, hay otros hombres risueños, bordados, dorados, encintados, con medias de seda, plumas blancas, guante amarillo, bota de charol, que apoyando los codos en una mesa cubierta de terciopelo, al lado de una chimenea de mármol, insisten templadamente en la conservación y permanencia de lo pasado, de la Edad media, del derecho divino, del fanatismo, de la ignorancia, de la esclavitud, de la pena de muerte, de la guerra, glorificando á media voz y con finura el sable, la hoguera y el patíbulo. Si nos viéramos obligados á elegir entre los bárbaros de la civilización y los civilizados de la barbarie, escogeríamos á los bárbaros.

Pero, gracias á Dios, no estamos en esta alternativa; no es necesario ninguna caída vertical ni hacia adelante ni hacia atrás. Ni despotismo, ni terrorismo. Queremos el progreso por una suave pendiente.

Dios provee á él. La mitigación de las pendientes constituye la política divina.